

# Significado histórico de Núñez

Escribe: ALFONSO HANSEN

El liberalismo radical perdió la oportunidad de constituir y de cohesionar un aparato estatal. Víctima irredenta de una serie de particularismos, esclavo de una denominación sin ancestro ni arraigo en la gran masa del pueblo, después de veinte años de régimen no le quedó salida distinta a descalificar paulatinamente grandes sectores de la opinión pública y engrandecer, por ende —en la adversidad de las tinieblas a donde los lanzaba— a los apóstoles del nuevo credo independiente.

El radicalismo, como su nombre lo expresó, fue una negación. Fue un radicalismo de principios. Buhonero de unos principios que comió entero. Guarda de los principios de libre importación. ¡La libertad! ¡La igualdad!, es un país en donde los radicales fueron, por esencia, lo contrario a lo que proclamaron. La fraternidad: cuando y dondequiera que impusieron sentencia de muerte civil a sus hermanos, los adversarios de todos los matices. El radicalismo negó todo gesto avisor de la necesidad de construir, de hacer una república. Y de crear el marco jurídico-político propio para que la nacionalidad colombiana tuviera su sanción. Radicales, postores, herederos de las artimañas de los antiguos criollos, le dieron al egoísmo y al desmán individualista el brillo de una pseudo-filosofía; y la sensación de un piélago teórico, fulgurante y fácil.

El señor Núñez escribió: “El radicalismo es una casta, una aristocracia que se cree llamada a gobernar por derecho divino. El partido independiente es el país entero, menos esa aristocracia. El elemento conservador no está desde luego, fundido en él; pero tiene que ser aliado suyo, por amor a la justicia y por propia conveniencia, porque los independientes proclaman la libertad constitucional, que comprende la práctica, para todos

de los derechos individuales, mientras que los recalcitrantes perseguidores obran como si el país estuviera dividido en ciudadanos e ilotas". A mediados de 1882, el lenguaje polémico del señor Núñez llegó a los límites del sarcasmo.

Nadie como el señor Núñez, un grande hombre, dinámico y listo a dar los zarpazos propios de su alma inquieta, pudo ser el llamado a ocupar el primer puesto en las filas de política anti-radical. Visionario —en el mejor sentido—, un gran conocedor de la problemática internacional —que por lo mismo, vio reducida a su entera dimensión la existencia del solar patrio—; con un fino tacto que le impidió caer fácilmente, el señor Núñez no imaginó ningún perdón, en lo hondo de su hoquedad anímica, en favor de la secuela de amargados opositores en que fue quedando el radicalismo. Y, también, porque no lo merecían.

Duras, directas, como saetas, sus palabras cruzaron e hicieron pedazos la inmensa mole en donde se venía oficiando la práctica pagana del radicalismo. En una prolongada e increíble promoción dialéctica, el señor Núñez logró enardecer el fuego de la conciencia nacionalista. Y, a lo largo y ancho de la nación repartida entre la trinca radical federada, por entonces se supo, suficientemente, que cuando él se refería a los griegos ocurrían los troyanos, y viceversa.

Habló por toda la nación. Y, un país cansado de trifulcas, asediado por la miseria, perplejo por el destierro oficial de Dios y de la Iglesia, caído en el vacío de una política liberal extravagante, quiso, a partir de ese momento, surgir al nivel de una realidad, no obstante lo difícil e imposible que ella pareció. Contra la minúscula tropilla de los agobiados "librepensadores" esta pluma, poco hirsuta, fría, con esa frialdad que buceó en lo más recóndito de las almas independientes humilladas, abrió un horizonte de luz y comenzó a producirse en Colombia la más admirable revolución política, tal vez desde los tiempos de la Independencia.

De los vientos de esa revolución no quedaron sino las ruinas de una Constitución que había colgado pasiones sin fronteras: solo las de unos cuantos exaltados que salieron a flote desde la nada de su escepticismo absoluto.

La lucha no fue entre los dioses del Olimpo y el señor Núñez, ni entre él y sus detractores. Fue la lucha, como se dijo, en-

tre la nación y la casta; del país réprobo contra los sacerdotes dedicados a sacar humo, sus humus. Porque la Regeneración, aunque es una redundancia decirlo, representó una toma de conciencia de los colombianos: en lo moral, en lo social, en lo político. Fue la ruptura con un pasado lleno de oprobio: con una inmensidad en todos los órdenes: libertinaje, oportunismo, enriquecimiento sin causa. La Regeneración fue orden, justicia, pacificación de los espíritus.

El señor Núñez pudo pacificar los espíritus a la altura de un pensamiento que, seguramente, nunca antes, desde el Libertador Bolívar, encontró lugar en Colombia. Antes había sido la jerga política del sectarismo, del grupismo, del gamonalismo. Pequeños arbustos verbales en medio de la opacidad de la inteligencia. Ahora, volvieron a ser los signos para desentrañar, dentro de un lenguaje severo, el sentido de lo nacional y para recobrar la sustancia diseminada y esparcida de la patria. Quien haya seguido el itinerario periodístico y parlamentario del señor Núñez, encontrará en la profunda verdad de sus giros un gesto casi heroico, el estilo de una gran personalidad histórica que miró por encima y oteó la pequeñez de sus adversarios.

La filosofía de la Regeneración no se redujo a ser un mero espectáculo retórico o a significar una escasa teoría montada por la diestra inteligencia del señor Núñez. En la fuerza de su personalidad se confundieron las aspiraciones represadas del país. Tuvo la suficiente elasticidad para comprender las reacciones positivas y, para conducir las, actuó con una habilidad sin precedentes. Aquello que fue ineludible decir en su tiempo, lo dijo el señor Núñez. Y nadie mejor, en dicha hora, para haberlo enunciado tan bondadosa y abiertamente como él. Filósofo, solo él concibió la situación panorámica. Y evitó hundirse en la mediocridad radical.

Espantado ante los símbolos, ciego a las necesidades, fuerte en la decadencia, el señor Núñez adelantó la tarea regenerativa.

¿De qué y por qué había que regenerar a Colombia? De las costumbres, de los vicios institucionalizados por la Constitución de Ríonegro, de los hombres indolentes que quisieron perpetuarse en el poder, dentro de un ámbito de deshonestidad y de libertinaje que previamente crearon. Y, además, para irrumpir como Estado, para poner a marchar a la nación por los conductos

regulares de una democracia de partidos; y para asumirse como pueblo y vivir dentro de los hábitos propios de la Religión y la civilización cristianas.

El radicalismo pareció haber absorbido el aire de esa atmósfera de paz y de concordia ganado en las fecundas jornadas de la Independencia. Decadentes, vanidosos, pedantes, aquellos dioses del Olimpo radical creyeron tener en cada uno de los bolsillos de sus chalequeras las verdades inmutables de la vida, las normas de la moral pública y el decálogo para la conducción de los hombres. Desde el principio de la Constitución de Ríonegro, tal como lo escribió nítidamente en el prólogo de sus *Memorias* el general Posada Gutiérrez, el país entró en un estado de abatimiento. *Sous le fer du méchant le just est abattu*. Pero la pluma de Núñez, que enseñó la tolerancia en todas sus formas, abrió los horizontes para que muchas de las inteligencias que anhelaron un país y una política distinta pensaran en el manejo de los asuntos públicos. Poco a poco, la Regeneración socavó el espíritu de “derecho” intronizado por esa Constitución, hasta el punto de desanimar a muchos “de quienes pretendieron —ingenuamente— que esta era la última palabra en ciencia política”; a quienes imaginaron que era lo más adecuado en materia de organización estatal, de soluciones eminentes para los problemas de la libertad y del bien humano.

La Regeneración de Núñez, además de haber implicado la construcción de un Estado y el levantamiento de unas estructuras que superaron los fundamentos anárquicos del régimen federal y el pernicioso libertinaje aun para las cosas más insignificantes, recapacitó al país para empresas que el radicalismo parecía haber eliminado para siempre.

La Regeneración fue algo más que una política puesta en marcha desde el poder. Fue el inicio de una época de fertilidad, después de las tremendas y amargas horas de las veleidades políticas. La idea de la Regeneración —dijo Núñez— es la llamada a curar en su lógico y firme desenvolvimiento esa enfermedad profunda de los períodos de decadencia. “Se pueden cometer desvaríos al ponerla en práctica, pero la idea avanza irresistible, como la reacción vital de un cuerpo que, aunque extenuado, no ha perdido por entero la reparadora savia”. La Regeneración recobró las energías de un país predestinado a la pujanza por el sensato presupuesto de su moralidad pública.

El Estado se hizo: venció el reto "manchesteriano". Ante la actitud discordante del radicalismo, la Regeneración trajo consigo una nueva autonomía estatal: conformación de verdaderos partidos, eliminación de bandos, intervención. La tolerancia y la libertad rebasándose mutuamente. La fuerza de los principios identificando a la realidad de la fuerza. Una alternativa increíble en medio del aberrante desconocimiento de los derechos. Los moldes legales y los cauces jurídicos de la Regeneración llenaron el vacío que había dejado la anarquía; emergieron como una grande estructura en el campo abierto de la nación.

La obra política de Núñez, aparte de lo que él interesó como vocación intelectual, fue conservadora. Asumió la política como una ciencia de realidades. A despecho de la emoción teórica, su filosofía encontró en la política un terreno de trabajo. El señor Núñez pudo haberse quedado, poéticamente, como un observador juicioso de los acontecimientos: periodista, ágil, incisivo. Sin embargo, libró la batalla. Entendió que era abundante el acervo de cosas que debía defender de los vientos infamantes del liberalismo: la religión perseguida, la tranquilidad moral, la seguridad ciudadana. Conformó un equipo de políticos que se sumergían en las necesidades de la patria: estudiosos, equilibrados, convencidos de su misión en la historia. Legitimó la política al situarla en el contexto de las cuestiones económicas. Economía y política, desde Núñez, se sabe como una misma cosa: el Estado al servicio del crecimiento una herramienta de la abundancia y del bienestar públicos. El Estado fue, para Núñez, el elemento sin el cual la vida social se hacía imposible. Conservar al Estado, preservar al Estado de las conspiraciones y contubernios de la política, ocuparon como materias el centro de las reiteradas reflexiones del señor Núñez.

Núñez fue conservador. Superó el sentimentalismo parroquial y liberal de su tiempo. Contra la idea de que es función del pensamiento la de ir por encima de las cosas, Núñez prefirió estar con ellas vivir de ellas. Como él mismo lo escribió de Lincoln: comprendió que había una política natural superior a la que formulan las cavilaciones impacientes de los partidos. Su política se limitó a ser un tipo de empresa seguramente así: de pura política. De una política que no ambicionó definir enfáticamente nada, sino ser, simplemente, un camino en la historia. Acción predecible y cabal de la humanidad de su tiempo.